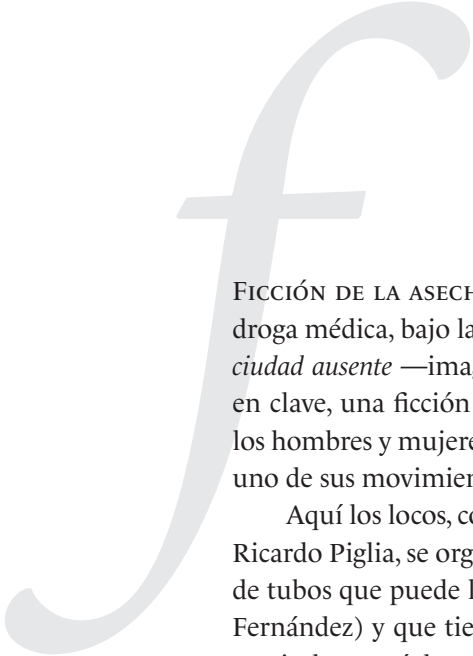


Los nudos paranoicos  
*La ciudad ausente,*  
de Ricardo Piglia

Adán Medellín



FICCIÓN DE LA ASECHANZA Y EL DELIRIO. NARRATIVA DE LOS VULNERABLES bajo la droga médica, bajo la cocaína, pero sobre todo bajo el influjo del relato interior. *La ciudad ausente* —imagen de la represión de la Argentina de los 80, novela política en clave, una ficción paranoica— es la tribu urbana de los locos, los desplazados, los hombres y mujeres perseguidos por un estado telépata que lee e interpreta cada uno de sus movimientos.

Aquí los locos, conspiradores y adictos, fieles a las obsesiones macedonianas de Ricardo Piglia, se organizan en torno a una máquina de la ficción: una mujer llena de tubos que puede llamarse y ser Elena (la mujer muerta del escritor Macedonio Fernández) y que tiene el propósito de construir réplicas de las historias vitales a partir de sus núcleos narrativos comunes. Así, *La ciudad ausente* juguetea con los recursos conspirativos y apocalípticos de la *sci-fi*, pero es ante todo el montaje de una teoría narrativa puesta en marcha dentro de un relato, un ensamblado en variantes fragmentarias que reproducen y confirman el corazón teórico de su anécdota, metaliteratura con el sello pigliano.

Las partes más brillantes de *La ciudad ausente* radican en el entramado de pequeñas historias que se narran en la segunda parte de la novela, llamada “El museo”, donde resalta el relato “Los nudos blancos”. Ahí se dan cita los personajes locos y periféricos extraídos de los núcleos narrativos de la Máquina de la ficción, que corresponden con el sistema de referencias que articula la teoría narrativa de Piglia: Chéjov, Arlt, Macedonio. También es en el Museo (de la novela, otra referencia a Fernández) donde el protagonista, Junior —un “periodista” obsesionado por desentrañar la circulación de las historias literarias de la máquina de narrar que incorporan materiales de la realidad en su Buenos Aires delirante— puede encontrarse con los objetos amados de varios personajes literarios e históricos, desde Erdosain hasta el gaucho Juan Moreira. Todos ellos, no falsos sueños, sino historias verdaderas.

Ahí vuela el relato de la nena del aire, una niña que ha perdido el habla y sólo recupera las palabras con la invención de un lenguaje propio, gracias a la repetición de una historia que su padre le narra usando como modelo las variantes cronológicas de un cuento, como si se tratara de un tema musical. Música como una estructura lógico-temporal donde calcar (replicar) el relato en un sistema sintáctico de emociones que permita reproducir la melodía de una historia para trazar (recuperar, inventar) un lenguaje para dos, repitiéndolo en su esencialidad rítmica, prácticamente biológica, para luego adquirir un sentido compartido.

El narrador se encontrará entonces con la teoría de “los nudos blancos”, un entramado común de núcleos primitivos que se convertiría con el paso del tiempo en un código que engendraría las distintas lenguas en el mundo. Desde estos nudos se define la gramática de la experiencia; el mapa de la existencia de un lenguaje original, común a todos los seres vivos, que estuvo escrito en los huesos de los hombres, en el caparazón de las tortugas, en el corazón de la materia viviente. En ese mundo olvidado del lenguaje común persiste la memoria de la vida y los sentidos colectivos perdidos. La posterior pluralidad de códigos ocasiona la incompreensión entre los habitantes del mundo y trastorna la realidad del viviente hasta hacerla incomprensible.

Desde esta multitud de voces y lenguas como un canto esquizofrénico que circula en grabaciones clandestinas por Buenos Aires, el centro de *La ciudad ausente* es la historia de una pérdida. La de la cordura ante la amenaza de un Estado que persigue y controla las desviaciones de la norma (la historia) y castiga en la clandestinidad social y la clínica psiquiátrica las versiones alternas. La de la certidumbre ante un sistema de referencias cuyo sentido está oculto y que obliga a la investigación (policíaca) de los distintos formatos (bifurcaciones) del relato: escritos, grabados, narrados de viva voz, expresados en jergas o lenguas alteradas por la droga o la enfermedad mental, desviadas de la corrección normativa y, por eso mismo, lenguas vivas, chispeantes, enriquecidas.

Sin embargo, *La ciudad ausente* es ante todo la pérdida narrativa en clave amorosa. La pérdida de Ella, La Eterna, que simboliza la protección y difusión del relato, la máquina-matriz de las historias. “Una historia tiene un corazón simple, igual que una mujer”, decía Macedonio (Mac), quien pierde a Elena y pretende salvarla de la muerte transformándola en una máquina. Junior ha perdido a su hija pequeña, porque la madre se la ha llevado lejos. El propio narrador rememora el primer amor perdido de una niña pelirroja. Las mujeres, en esta ficción y en muchas otras de Piglia, se corresponden con la teoría macedoniana: son “el río del relato, la voz interminable que mantiene vivo el recuerdo”.

De ahí la centralidad de la máquina de narrar, la necesidad de hallar y convertirse en inventor que desmonta la cadena del relato para volver a la memoria original, a lo que estuvo vivo en la experiencia, al nudo blanco marcado en los cuerpos que conectaba con la comprensión del sentido primordial. Narrar es “darle vida a una estatua, hacer vivir a quien tiene miedo de vivir”, y el acto narrativo reproduce (replika) la facultad de dar vida a lo inanimado.

*La ciudad ausente* es la búsqueda, la investigación del lenguaje original en medio de una urbe enloquecida, una historia de las “ramificaciones paranoicas en la vida de una ciudad” que desentraña la voz más significativa entre su caterva de creadores mecánicos, conspiradores marginales, narradores delirantes y enloquecidos genios de provincia. Y es que acaso la verdad es otra forma más de la ficción, pero la verdad elegida es un invento personal que conduce a la salvación. ■■■